

Nº 590  
23  
Febrero  
2022  
Miércoles



## La bondad de Sánchez

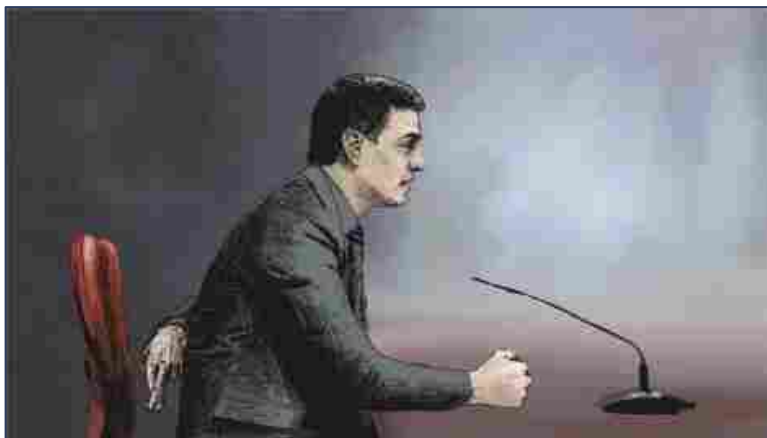
Al preguntarle un periodista si barajaba convocar elecciones anticipadas dio a entender que no. En Sánchez nunca se sabe si un no o un sí son duraderos. Pero es una bondad al PP. Una consulta electoral convocada ahora sería un desastre para el PP, una tragedia

**Juan Van-Halen** (*El Debate*)

Escritor y académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando

**P**ara uno de esos encargos que, a veces, como escribió Galdós, «llegan en mala hora y a destiempo», he frecuentado estos días el sabio Refranero recopilado por Luis Martínez Kleiser y publicado en 1953; un volumen de casi ochocientas páginas a tres columnas. Y ante mi sorpresa, sería por la circunstancia política o por mi cabreo, me he topado con Pedro Sánchez, sí, el presidente. He encontrado en él una bondad aunque no excluyo, a estas alturas y con lo que vivimos, que tenga otras.

El refrán 7.533 nos enseña: «Quien bien hace a su enemigo, a Dios tendrá por amigo». Me explico. El año pasado alguien de Moncloa –según el propio Casado trasladó a Ayuso– le informó de unas cantidades que el hermano de la



presidenta madrileña había ganado en una transacción comercial que nacía de un contrato con la Comunidad, perfectamente legal, en el momento del zarpazo más cruel de la pandemia y cuando el Gobierno de Sánchez no se preocupó de abastecer de lo más elemental a los sanita-

rios. Esos contratos los hicieron otras comunidades y el Ministerio de Sanidad, incluso a empresas que no tenían ni domicilio social. Pero resulta que las cifras dadas por Casado urbi et orbi eran falsas, estaban engordadas porque la declaración a Hacienda no se refería a un solo contrato. Todo este enredo lo contó magistralmente Ramón Pérez-Maura en su columna *El Código Penal pende sobre Casado*.

Con su tan bronca reacción radiofónica el presidente del PP, aparte de exponerse a la comisión de un delito –no de un «casi delito»–, como cuenta con datos Pérez-Maura, al hacer pública información personal reservada procedente de una institución pública, el Ministerio de Hacienda, cerró las vías de arreglo a un lío apoteósico producido el día anterior con intervenciones sucesivas de Ayuso y García Egea en las teles. Ingenuamente creí que su entrevista con Carlos Herrera, o sea, su aparición tras un día desaparecido, se dedicaría a apaciguar la grave situación desde su superior posición de líder del PP y no a echar más leña al fuego. La echó.

El residente en Moncloa, feliz y con sonrisa primaveral, que obviamente sabía el apaño de los papeles entregados por su equipo, probablemente por su ministro más próximo, al jefe de la leal oposición –que así se llama en el Reino Unido–, deshojaba en su despacho monclovita la margarita de si comportarse bien, mal o peor. Mientras, el PP, su hipotética alternativa de Gobierno, se desangraba, los sondeos –y no de Tezanos– ofrecían un bajón considerable, y muchos de sus afiliados, simpatizantes y votantes se sentían defraudados por actitudes tan infantiles como la emulación de *Mortadelo y Filemón*. Lo del espionaje lo negaba el secretario general en su comparecencia televisiva pero como los detectives son profesionales serios habían grabado el intento



de contrato, que no fue aceptado porque consideraron ilegal el encargo. Luego se publicó que todo se había ideado en la «sala de guerra» de García Egea.

¿Por qué ha sido bondadoso Sánchez? Volveré al refrán; «Quien bien hace a su enemigo, a Dios tendrá por amigo». No sé si al presidente le importará más o menos tener a Dios por amigo –en Wikipedia se le considera ateo– pero resultó bondadoso. Al preguntarle un periodista si barajaba convocar elecciones anticipadas dio a entender que no. En Sánchez nunca se sabe si un no o un sí son duraderos. Pero es una bondad al PP. Una consulta electoral convocada ahora sería un desastre para el PP, una tragedia. Sánchez podría dormir tranquilo en su colchón muchos años.

¿A qué se debería la tragedia y a quién? A una especie de mixtura de personajes y situaciones de cómics: Pepe Gotera y Otilio, Don Ulises Higuieruelo, Melitón Pérez y Los grandes inventos del *TBO*, además de los entrañables *Mortadelo y Filemón* ya citados. Las cualidades y defectos de esos personajes vienen al caso. ¿Que a los jóvenes no les suenan esos nombres y no llegaron al *TBO*? Como se dice ahora: les falta relato. Y hay que tener relato. No haber vivido no quiere decir no leer o no tener curiosidad. El poder distrae y atonta sobre todo cuando no se tiene en la medida que se desea.

El PP debe aclarar y, en su caso, enderezar el camino. El otro día Ignacio Camuñas, viejo amigo con las ideas claras, apuntaba en una televisión que ya existen dos líneas distintas en el PP. Unos, y cada vez es más evidente, están

en la vía del pacto con el PSOE; en un artículo anterior recordé las declaraciones de Casado en *La Nación* de Buenos Aires el pasado 8 de diciembre. Personalmente, creo que un pacto con el PSOE de Sánchez sería el mayor error que pudiera cometerse. Otros están en la vía de un pacto con Vox. Obviamente doy por hecho que se acabaron las mayorías absolutas. Con el PSOE, el PP sería la derecha, siempre tildada de derechona. Con Vox sería una derecha centrada.

El PP no debe caer en la trampa de excluir a Vox, una derecha constitucional, mientras Sánchez pacta con los enemigos de la Constitución y de España. Sería bueno saber qué piensa Mañueco de las imposiciones de Génova, con vaselina o sin ella. Una u otra opción de pacto –PSOE o Vox– puede gustar más o menos, pero las dos vías existen y el PP tendrá que ubicarse. Y eso surgiría desde la claridad de un Congreso Nacional libre, sin gestapillos, sin presiones cupulares, y cumpliendo el presidente elegido lo que anuncie que va a hacer. Sin zigzagueos ni dudas y con una Secretaría General alejada de enfrentamientos territoriales a lo Capitán Trueno. Lo importante es sacar a España del peor y más dañino Gobierno que hemos padecido desde la recuperación democrática.

La bondad de Sánchez, como tantas cosas en él, es reversible. El refrán 7.481 reza: «Con bondad se adquiere autoridad» y el refrán 7.592 señala: «La bondad merma autoridad». Dos refranes que se contradicen. O sea, Sánchez. Y no sólo él por desgracia.

\* \* \*

## ¿Hacia el fin de la cristiandad?

**Juanma Badenas** (*El Manifiesto*)

Catedrático de Derecho civil de la UJI y miembro de la Real Academia de Ciencias de Ultramar de Bélgica

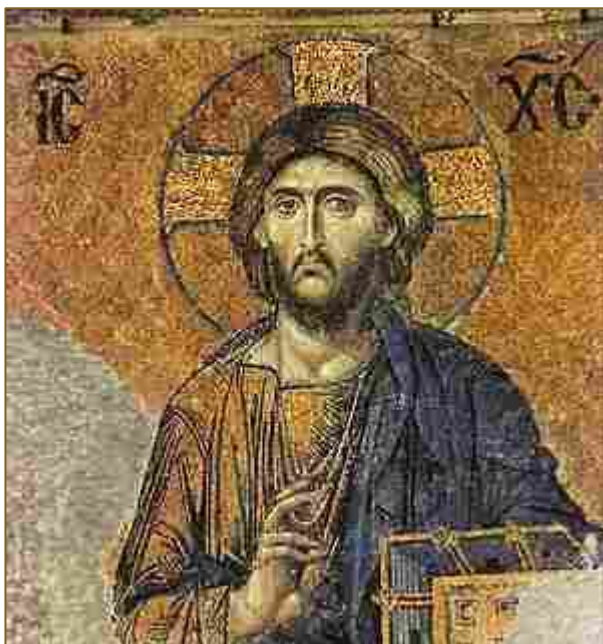
**H**ace varias semanas, una de las consultoras financieras más importantes del mundo emitió un informe en el que, además de realizar un ortodoxo análisis global, apoyado en exhaustivos datos numéricos, se incluyen algunas frases como las siguientes: «es difícil encontrar justificación para un sistema económico y financiero que depende de la expansión de la deuda y de capital subsidiado» y «la Unión Europea se ha convertido en una especie de papado secular». En un informe así, la primera afirmación, aunque tiene mucha envidia política, sorprende menos que la segunda. Sus autores no están hablando sólo de política, de economía y finanzas, lo hacen también de religión y moral, algo poco frecuente.

Recientemente, Chantal Delsol, reputada filósofa católica francesa, publicó un ensayo titulado *La fin de la Chrétienté*. Su tesis es que estamos asistiendo al proceso inverso al que aconteció en el siglo IV, cuando Teodosio (cristiano), emperador romano de Oriente, venció a Eugenio (propagano), emperador de Occidente, y estableció la ortodoxia cristiana en ambas partes del imperio. Para Occidente supuso dos cambios importantes: de un lado, la transición del politeísmo al monoteísmo; y, del otro, que la moral de la sociedad (¡en menos de cuarenta años!) empezara a ser instaurada por una religión en lugar de por el Estado. Pues una de las características de las sociedades politeístas es que

su moral no la establece un credo religioso, sino las élites, por medio de instituciones seculares.

Por mucho que leo a Steven Pinker, Ayn Rand, Immanuel Kant, Friedrich Nietzsche y Karl Marx (entre otros), contra mi ferviente deseo, me siento incapaz de sostener que el hombre social sea un animal racional. Quizá algunos individuos aislados intentemos serlo; sin embargo, creo que aciertan Jonathan Haidt y Pablo Malo cuando afirman que el hombre es un ser moral, dando una parte de la explicación de su porqué Alasdair MacIntyre, cuando argumenta que aun queriendo los hombres ser racionales, resulta difícil que se pongan de acuerdo sobre «quien tiene la razón», en las disputas sociales o políticas. Por eso, afirma, no queda más remedio que recurrir a un tercero para que establezca lo que se debe hacer o no, ya sea Dios, el Estado, o cualquier otra

cosa que se le parezca y que participe de su misma autoridad moral.



Respecto de la psique humana, resulta forzoso referirse al «superyó» freudiano que, como es sabido, constituye la instancia moral enjuiciadora del «yo». En un diálogo entre Sócrates y Glaucón, el segundo argumenta que en la tesitura de tener que elegir entre actuar virtuosamente, sin que nadie lo sepa, o hacerlo de manera torcida, bajo la apariencia de actuar con corrección, la mayoría de los hombres escogería la segunda opción. Si esto sucede cuando el ser humano considera que no está

actuando acorde con la justicia, imaginemos que será capaz de hacer (o de dejar de hacer) cuando la moral del «superyó» (religiosa, estatal o social) constriñe su pensamiento. Tendría que poseer un «yo» muy poderoso para resistirse a una fuerza de tal calibre. Paradójicamente, vivimos en un contexto en el que tener demasiado ego se considera negativo. Quizá, si hubiera más egos y menos hombres masa nos iría mejor, aunque me consta que la tendencia manipuladora está a favor de la masa amansada y no del individuo.

Si Chantal Delsol acierta –y es muy probable que lo haga– los ciudadanos europeos estaríamos viviendo un periodo tan agitado como los habitantes del imperio romano de Occidente del siglo IV. Tras la «muerte de Dios», certificada por varios filósofos decimonónicos, el paganismo estaría llenando el vacío dejado por el cristianismo. El problema de todo esto no es que éste pueda desaparecer, cosa que únicamente debería preocupar a los creyentes; sino que la civilización cristiana, la cristiandad, se está desmoronando. No obstante, quédense los fieles tranquilos porque el cristianismo no desaparecerá completamente. Según Delsol, seguirá existiendo como una secta o religión minoritaria, en comparación con el paganismo dominante.

Pero, seamos o no cristianos, ¿habría de preocuparnos el desmoronamiento de la cristiandad? Pensando cual ha sido la evolución de nuestra civilización durante los dieciséis siglos que ha imperado el monoteísmo cristiano acaso deberíamos considerar que no nos ha ido tan mal. Especialmente si pensamos en otros lugares donde han tenido vigencia otros credos civilizatorios.

El concepto de universidad sobre el que todavía se apoya la mayor parte de nuestro desarrollo tecnológico, filosófico y científico tiene su origen en el año 1088, en Bolonia, gracias a la fundación religiosa de la universidad (en general, no sólo de esa en concreto). Fue el cristianismo, a pesar de sus dogmas e intransigencias (que se han ido dulcificando con el paso de los siglos), el que impulsó el nacimiento de esos lugares de discusión e ideas, llamados universidades, a los que todos debemos muchísimo. No sé si será casualidad; pero ahora que la civilización cristiana se desmorona es cuando se está detectando

el primer gran retroceso de la libertad de pensamiento y de cátedra, tal y como pone de manifiesto la nueva cultura de la cancelación. Es cierto que el nazismo y el comunismo significaron parálisis importantes en los derechos y libertades individuales; pero, a diferencia de la situación actual, solo afectaron y durante tiempo limitado a países concretos. El resto de Occidente siguió la



misma senda ascendente que, como mínimo tras la Ilustración, se había marcado nuestra civilización. Si bien, estas restricciones temporales que acontecieron durante el siglo XX realmente cumplieron la función de sentar las bases de este nuevo politeísmo identitario; pues, según Antonio Gramsci, el marxismo debe ser considerado como una nueva Reforma, que en la sociedad secular de lugar a una «nueva ética».

Sin cristianismo no habría habido Inquisición, ni tanta quema de brujas en los países protestantes; pero sin cristiandad tampoco Ilustración, Revolución americana, francesa, socialismo, anarquismo, ni tan siquiera liberalismo político y económico. Son muchos los autores, empezando por Adam Smith, que señalan que gracias al capital moral generado por el cristianismo los comerciantes se atrevieron al intercambio, sin el cual el mercado y el liberalismo no habrían nacido.

Incluso Marcus Gabriel reconoce que «la identidad social tiene una carga metafísica que en muchos casos actúa como sustituto de la religión». Su visión tiene mucho que ver con la implantación de una moral universal de corte kantiano. Sin embargo, el nuevo paganismo no va en esa dirección, tal y como ponen de manifiesto sus tabúes, ostracismos morales y cancelaciones. El nuevo politeísmo está formado por ecologismo, veganismo, animalismo, transgenerismo, pansexualismo, blackismo y todos los ismos que forman

parte del wokismo, que ya conocemos. Aunque me gustaría que se cumplieran algunos de los deseos del filósofo Gabriel, lo cierto es que con su apostolado en favor de la moral universal lo único que consigue es alimentar las pseudojustificaciones del nuevo paganismo politeísta. Porque lo que persigue el nuevo politeísmo social también es instaurar una moral universal.

Resulta duro, a la par que muy complejo, vivir en el parteaguas de la historia. Lo que vamos a seguir contemplando durante los próximos años va a ser una



batalla entre dos morales. Entre una civilización todavía sustentada por una religión secundaria (monoteísta) y una religión politeísta y agnóstica (primaria), que es capaz de conectar fácilmente con el irracionalismo de la gente. De hecho, las religiones secundarias o

monoteístas esconden en su seno rasgos de las politeístas o primarias. Por ello, pediría a Gabriel y al resto de los utopistas que se abstengan de tratar de convencernos de que es posible una moral racional y universal. La batalla racional, por desgracia, está perdida.

En mi opinión, más nos valdría ponernos de acuerdo sobre si lo que preferimos es este nuevo «papado» politeísta, utilizando la misma expresión que el informe financiero que cité al principio; o nuestra moral histórica territorial de casi dieciséis siglos. Lo que está en juego no es el cristianismo, sino la cristiandad. La alternativa politeísta no parece mejor que lo que ya teníamos. Por eso, acaso valga la pena plantearse si merece la pena defender la cristiandad.

\* \* \*

## La Dirección del PP contra el PP

**Roberto Blanco Valdés** (*La Voz de Galicia*)

**L**evo mucho tiempo estudiando los partidos, sobre los que he publicado varios libros y multitud de artículos profesionales y de prensa. Y si algo he aprendido en estos años de continua reflexión es que no hay enemigos más dañinos para la estabilidad de las organizaciones partidistas que los que surgen en su interior. Se dice que no hay peor cuña que la de la propia madera y que no hay enemigo más vengativo que un compañero de partido. Y es verdad.

Los ejemplos son interminables: de la guerra de guerrillas de UCD en la España de la Transición, que arrasó el partido en cinco años, al conflicto entre facciones del Partido Laborista inglés, origen de su incapacidad para ganar las elecciones durante casi veinte años (de 1979 a 1997), pasando por las peleas en el interior de la mayoría de los partidos italianos, después de la crisis de Mani pulite (Manos limpias), que encendió en la mayoría de ellos una guerra fratricida, cuyo estallido mantiene aún al país en una fase de casi permanente desgobierno.

La gran victoria de Isabel Díaz Ayuso en Madrid abrió la posibilidad de que el PP saliera del rincón en que lo había metido una coalición de fuerzas convencida de estar del lado bueno de la historia. Y ello con un discurso que plantaba cara sin complejos a la insufrible pretensión de superioridad moral de una izquierda que, entregada desde hace tiempo al más nocivo de los populismos (el de los independentistas: golpistas o exterroristas), vive hundida en lo que el brillante ensayista Félix Ovejero ha llamado con razón una verdadera «deriva reaccionaria».

Pero esa victoria de Ayuso, fruto de su claridad –entre cheli, ingenua y tosca– y no del cálculo estratégico que conduce a la parálisis, encendió de inmediato en la sede de Génova todas las alarmas. En las elecciones madrileñas –pensaron de inmediato en la dirección del PP– no solo había nacido la nueva presidenta de la comunidad, sino una estrella emergente que había que apagar a cualquier precio, aunque fuera, paradójicamente, al de organizar un incendio en el partido.

Y, al parecer, en eso estamos. Cuando España necesita más que nunca un relevo en el Gobierno que impida la catástrofe de que nuestro país y su régimen constitucional sigan siendo mangoneados a placer por los que tienen como principal objetivo destruirlos (todos los aliados de un PSOE que, a quienes lo apoyamos durante años, nos resulta ya irreconocible), Casado y el insólito secretario general de su partido, Teodoro García Egea, han decidido que lo más importante es seguir al mando del PP. Sí, aunque sea al precio de retrasar *sine die* una victoria electoral.

La venganza final contra Ayuso –[la apertura de un expediente informativo!– pone de relieve que la lucha contra ella es mucho más que un esperpento delirante. Es la piedra de toque de una alternancia que se aleja a medida que el dúo dirigente de la fuerza que debía ser la alternativa al Gobierno trata de asegurarse sus posiciones internas de poder.

\* \* \*

## ¿Por qué los conservadores europeos no ganan (casi) nunca? Porque no tienen una teoría política

El término «conservador» no resulta creíble cuando se utiliza en comunicación, propaganda y, en definitiva, en la esfera política.

**Marco Gervasoni** (*La Gaceta de la iberoesfera*)

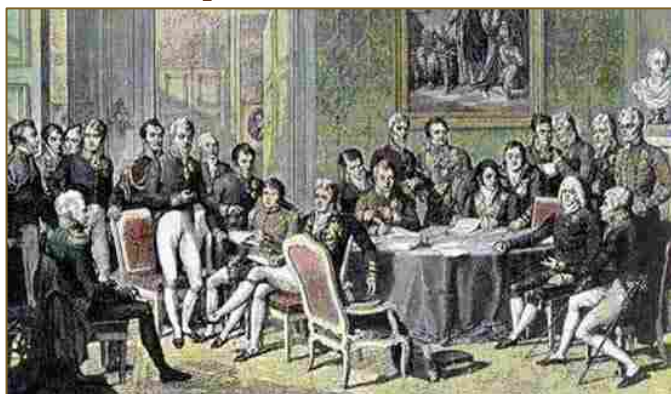
**D**os son las preguntas esenciales que todo intelectual, político y votante conservador o de derechas debe plantearse hoy en día. Y por conservadores me refiero también a los que se identifican con los partidos que conforman el PPE (Partido Popular Europeo) y la tradición del catolicismo moderado. La primera: ¿por qué, salvo contadas excepciones, los conservadores están fuera del poder político central, o sólo detentan un papel subordinado? En la UE y en el continente sudamericano en particular, el dominio de los progresistas es abrumador. De hecho, las encuestas no son nada halagadoras para los partidos conservadores que siguen en el poder, pues se considera que todos, en mayor o menor medida, saldrán derrotados de las pró-

ximas elecciones. La segunda pregunta puede estar relacionada con la primera, como planteó Douglas Murray en UnHerd el pasado 21 de enero: ¿Por qué la derecha es tan poco atractiva?

Podríamos intentar una respuesta, aunque se necesitaría un volumen entero y una buena serie de seminarios que, si los líderes de los partidos de derechas o conservadores estuvieran de verdad interesados (algo sumamente dudoso), deberían organizar de inmediato, en lugar de perder el tiempo en las redes sociales. En este artículo, me limitaré a señalar uno de los grandes problemas de la derecha actual: la ausencia de una cultura política y en particular la debilidad epistemológica de la categoría de «conservadurismo».

Desde hace algún tiempo, la palabra «conservador» ha entrado por fin en el lenguaje político europeo, en un continente en el que, aparte del Reino Unido, ningún partido que se autodefine como conservador o que se refiera explícitamente al conservadurismo ha jugado, en dos siglos, un papel mínimamente relevante. Es una buena señal, pero esto no significa que la era de los conservadores haya empezado, sobre todo en el caso de la Unión Europea.

A día de hoy y en el plano político, no parece que vayamos a presenciar el triunfo de los partidos conservadores en el mundo. Entre los países de cierta



importancia gobernados por primeros ministros o presidentes conservadores, o incluso por el populismo europeo (que no siempre puede equipararse al conservadurismo), sólo están el Reino Unido, Australia, Brasil, Polonia y Hungría, aparte de que los dos primeros modelos de conservadurismo difieren

considerablemente del de los países del Este de Europa. En lo que se refiere a la sociedad, da la impresión de que los valores del conservadurismo están a punto de extinguirse ante el avance de lo que llamaremos «diferencialismo inclusivo», de lo políticamente correcto y de la ideología woke. En el plano de la cultura, aquella que en su momento se denominó «de masas» exalta sin tregua valores en las antípodas del conservadurismo, mientras la «alta cultura», representada por las editoriales y la Universidad, goza de buena salud y está casi despóticamente controlada por los progresistas.

A pesar del supuesto triunfo o renacimiento del conservadurismo, esta ideología parece presenciar su declive, su propia «extraña muerte», como escribe el periodista y ensayista inglés Ed West en *Small Men on the Wrong Side of History: The Decline, Fall and Unlikely Return of Conservatism*. Por otra parte, y adoptando una perspectiva más amplia, la hegemonía conservadora habría empezado a resurgir en los años 70 y habría llegado a su apogeo en la era Reagan y Thatcher, cuando incluso sus sucesores de izquierdas, de Clinton a Blair y a Schroeder, habrían adoptado el paradigma conservador y «neoliberal». En consecuencia, la llamada que llevó a Trump a la Casa Blanca y poco



después a Boris Johnson a Downing Street, significaría las últimas brasas de aquellos treinta años de conservadurismo.

Esta interpretación, difundida en parte por los observadores progresistas más inteligentes, es correcta en parte. Presenta, sin embargo, dos defectos. El primero consiste en una definición reducida, y en el fondo falaz, del conservadurismo, identificándolo con la doctrina neoliberal. El segundo consiste en subestimar la ruptura profunda, dentro del campo conservador, representada por el fracaso de las políticas neoconservadoras identificadas con la Presidencia de George W. Bush, pero también con parte del legado de la era anterior.

Por lo tanto, desde un punto de vista político –aunque no sólo–, deberíamos situar la crisis de la hegemonía conservadora en los primeros años del nuevo siglo, que también ha desembocado en una suerte de guerra civil fría entre los propios conservadores. Por ejemplo, el choque entre Cameron, en contra del Brexit, y Johnson, pro Brexit, o la irrupción, ya durante las primarias del Partido Republicano norteamericano, de republicanos «never trumpers». De esta batalla han salido derrotados los «viejos» conservadores, los que se presentaban como nuevos, y los que en un principio fueron tachados de «paleoconservadores», y que ahora podemos definir como los nuevos conservadores. En resumen, los «paleo» se han convertido en «new» y los nuevos se han convertido en «old». En cualquier caso, cabe preguntarse si este nuevo conservadurismo, que se ha apoderado de sus respectivos partidos, no corre el riesgo de dejarlos en la oposición durante mucho tiempo. O si, como se ha



escrito, la versión trumpista del conservadurismo no ha decretado, después de casi dos siglos, su propia defunción.

Esta reflexión debe aplicarse a la esfera angloamericana, ya que en la UE no hemos asistido a nada parecido. Este hecho les daría la razón a los que, de forma superficial, consideran el

conservadurismo como una ideología –o una doctrina, una sensibilidad o una cultura– limitadas al mundo atlántico. Obviamente, y como veremos después, creemos que el conservadurismo es al mismo tiempo una cultura, una sensibilidad y un ethos, algo que no es necesariamente político sino universal, ya que podemos hablar de un conservadurismo para China, para Rusia, para la India y por supuesto para Iberoamérica. En el plano político, es cierto que los partidos conservadores que asumen esa denominación nunca han tenido mucha suerte en la Europa continental, pero eso no quiere decir que el conservadurismo no exista. Si aceptamos esa premisa, ¿cómo podríamos definir entonces a De Gasperi, Adenauer, De Gaulle, Kohl, Sarkozy, Aznar, Berlusconi, por citar algunos nombres que van desde la posguerra hasta nuestros días? ¿Y cómo podríamos denominar, en tal caso, la política de Orban o a la del PiS polaco?

Muchos de estos líderes se negaron y se niegan a definirse y a que los definan como «conservadores», a pesar de que gran parte de las medidas que introdujeron en sus respectivos países, así como su cultura e ideología, llevan esta impronta. Según el periodista George Urban, ni siquiera Margaret Thatcher se habría sentido conservadora y confesó poco después de abandonar Downing Street: «El problema del Partido Conservador es el nombre [...]. No somos un partido “conservador”; somos el partido de la innovación, la imaginación, la libertad, la búsqueda de nuevas soluciones, de un nuevo orgullo y de un nuevo sentido del liderazgo [...]. Y eso no es ser “conservador”». Por su parte, Reagan tampoco utilizó mucho el concepto. De hecho, en su biografía se presentó como un aliado de los «conservadores», con quienes chocó en algunas ocasiones (sobre todo con los que él denominó «die hard conservatives» –los conservadores dogmáticos–), mientras que sus estudiosos suelen adjetivar el término de «conservador» con adjetivos como pragmático, revolucionario o populista. A Trump también se le ocurrió una gracia con este término. Dijo que no es casualidad que su partido se llame «republicano» en vez de «conservador». De esa forma habría dado la razón a esos intelectuales

«never trumpers» como George Will, que llegó a pensar que Trump expulsaría al conservadurismo del Grand Old Party. Todas estas declaraciones parecen dar la razón al famoso chiste de Leo Longanesi, un gran periodista y es-



critor: «Soy un conservador en un país donde no hay nada que conservar», lo que demuestra, en realidad, lo arraigado que está el conservadurismo.

En resumen, el término conservador no parece ser del gusto de las grandes figuras políticas del conservadurismo. Por el contrario, en la historia reciente, los líderes de otras formaciones políticas no han dudado lo más mínimo en definirse como socialistas, liberales o demócrata-cristianos. Aunque también es cierto que en los años 80, cuando dominaban los conservadores, los Craxi, Mitterrand y González utilizaban menos conceptos como esos, y en tiempos de Blair el término socialista quedó relegado a la extrema izquierda del partido mientras el propio concepto de laborista se suavizó añadiéndole el adjetivo de «New», que los blairistas repetían como un mantra en todos sus comunicados. Por no hablar, en el caso italiano, del término «comunismo», que utilizaban constantemente los dirigentes del PCI hasta la víspera de la caída del Muro de Berlín, tras lo cual la expresión fue desterrada y abolida de la noche a la mañana, en una suerte de desaparición colectiva forzosa.

De hecho, socialismo y comunismo fueron términos que entraron en crisis, al menos en la esfera política, por su asociación con los regímenes comunistas del Este de Europa, que habían impuesto la palabra «socialismo» (más aún que «comunismo») en todas las manifestaciones públicas. Tras la caída del Muro de Berlín y la retirada de los escombros, hoy en día todo el mundo utiliza

los términos de socialismo y comunismo. En cambio, el término conservador no resulta creíble cuando se utiliza en comunicación, propaganda y, en definitiva, en la esfera política. Puede que se deba a que el conservadurismo no es en realidad una ideología política. Es un ethos, una actitud, una teoría de la acción moral y sólo entonces, como tal, se convierte en una doctrina política, si es que lo es. Es por aquí por debemos empezar si queremos dotar de cultura política, de la que hoy en día carecen casi por completo, los partidos de derechas y la población europea.

\* \* \*

## Cómo responder a la situación de España

Pensemos que tenemos una gran ventaja los católicos y es que a la larga y a la corta quien nos ayuda y no nos deja solos nunca es Dios nuestro Señor, así que manos a la obra y sin descanso

**José Fernando Martín Cinto** (*El Debate*)

Licenciado en Ciencias Físicas

**E**n mi último artículo titulado *Los españoles*, hacía referencia a varios de los problemas realmente graves que están ocurriendo y desarrollándose en España y que, decía, era necesario abortar lo antes posible. Me referí en concreto a la memoria histórica, la educación y el ataque a la conquista de América, hecha por los españoles. Por supuesto que tenemos muchas más cosas que están ocupando la vida de los españoles como la falta de moral, el aborto, la eutanasia, el ataque furibundo a la Iglesia, etc. Es decir, es un panorama que creo se está desbocando últimamente al calor de tener un Gobierno Frankenstein, de corte filocomunista que, por supuesto, ve con buenos ojos todo lo que expuse en mi anterior artículo, así como con las pinceladas que acabo de indicar más arriba.



Un lector me ha comentado que todo lo que digo está muy bien, pero que, en definitiva, no propongo nada concreto y así todo lo que se escriba al respecto será como un brindis al sol.

Por mi parte, no creo que sea este medio el lugar para proponer acciones concretas al respecto, pero sí el lugar adecuado para incidir en las conciencias de muchos españoles de bien que, por circunstancias muy diversas, están en un momento de adormecimiento respecto a lo que realmente creen y en lo que quieren para España, ahora y en un futuro próximo.

Voy a tratar de remover un poco esas conciencias, con la humildad más absoluta y desde luego con la mejor intención como español de a pie que ama profundamente a su patria.

No tengo más remedio que empezar refiriéndome a la Segunda República Española, donde desde el principio hasta el inicio de la Guerra Civil en el año 1936, hubo una sistemática actuación contra la Iglesia Católica, en todos los

ámbitos y aspectos, que sufrieron nuestros mayores y que trajo como consecuencia de lo anterior expuesto que, acabada la Guerra Civil con la derrota del comunismo, se produjera un movimiento pendular completo que nos llevó a una imposición oficial de la Religión Católica en todo tipo de ambientes. Hubo muchas cosas muy buenas en este cambio radical que, lógicamente y con el tiempo, se fue estabilizando en su justa medida. Esto permitió tener claro a partir de la Transición lo que significa la libertad religiosa y cómo debe interpretarse. Esto no quita que muchos españoles estemos orgullosos de nuestra Fe, que llevamos al mundo entero y que, gracias a ello, podemos decir que más de quinientos millones de personas en el mundo son cristianas.

Una vez expuesto de manera resumida lo anterior, creo que tenemos un campo de batalla inmediato en España para defender con entusiasmo nuestra Fe y la tradición cristiana de España en todos los medios y foros posibles.

Lo importante, creo yo, es no pensar que la religión es un tema privado e incluso de mala educación el hablar de ella en público. Esta es la táctica sibilina



del maligno, que es, realmente, el que se ha enseñoreado del mundo.

Por lo que a mí respecta, hace un tiempo que he iniciado ciertas iniciativas que estoy dispuesto a compartir y ampliar con quien quiera conocerlas y, así, tener conocimiento a su vez de otras posibilidades que puedan

remar siempre en la misma dirección: «La nueva evangelización de nuestra patria».

Pensemos que tenemos una gran ventaja los católicos y es que a la larga y a la corta quien nos ayuda y no nos deja solos nunca es Dios nuestro Señor, así que manos a la obra y sin descanso.

Como se puede ver, considero fundamental el exponer en público sin miedo alguno nuestras creencias y nuestros ideales como hombres, ya que el ser cristiano lleva implícito el respeto a la institución fundamental desde el origen del hombre, la familia, cuyo modelo perfecto es La Sagrada Familia, el respeto profundo a la vida y por tanto al no nacido y la defensa del matrimonio cristiano, instituido por Jesucristo nuestro Señor.

No puedo extenderme más, pero como colofón a lo anterior me pongo a disposición de todo aquel que crea que juntos y teniendo a Dios con nosotros, seguro que podremos incidir de muchas formas en contraste al rumbo negativo y desconcertante de nuestra querida España.

\* \* \*